

VIII.

IMPORTUNÆQUE VOLUCRES.

Gilliatt durmió bien. Sin embargo, el frío le despertó de cuando en cuando. Había naturalmente colocado los pies en el fondo y la cabeza en la entrada.

No se le ocurrió sacar de su cama una multitud de chinas y chinarrros asaz angulosos que no favorecian mucho su sueño.

Por momentos entreabria los ojos.

Oia de cuando en cuando detonaciones profundas. Eran producidas por la marea creciente que entraba en los huecos del escollo con un ruido parecido á cañonazos. Todo lo que le rodeaba ofrecia lo extraordinario de la vi-

sion; no habia alrededor de Gilliatt mas que quimeras, á que se añadia la influencia que la noche ejerce sobre la imaginacion, de suerte que él se veia sumido en lo imposible, y se decia: sueño.

Despues volvia á dormirse, y entonces soñando, se encontraba en el Bu de la Calle, en los Bravées, en Saint-Sampson; oia cantar á Deruchette; estaba en lo real. Mientras dormia, creia velar y vivir; cuando se despertaba, creia dormir.

En efecto, estaba soñando.

A cosa de media noche se produjo en el cielo un vasto rumor, de que Gilliatt tuvo confusamente conciencia en medio de su sueño. Es probable que se levantaba la brisa.

Una vez, al despertarle un calofrío, abrió los ojos un poco mas de lo que los habia abierto hasta entonces.

Habia en el cenit dilatadas nubes; la luna huia, y en pos de ella corria una estrella muy grande.

Gilliatt tenia el alma llena de la difusion de los sueños, y esta circunstancia complicaba los aterradores paisajes de la noche.

Al rayar el alba, estaba helado y dormia profundamente.

La súbita aparicion de la aurora le sacó de su sueño, tal vez peligroso. Su dormitorio miraba al sol saliente.

Gilliatt bostezó, se desesperizó, y se echó fuera de su agujero.

Dormia tan bien que no comprendia lo que le pasaba.

Poco á poco recobró el sentimiento de la realidad hasta tal punto que exclamó: ¡Almorcemos!

El tiempo estaba calmoso, el cielo estaba frio y sereno, no habia ya nubes, la noche habia barrido el horizonte, el sol se levantaba espléndido.

Empezaba bien el segundo dia. Gilliatt estaba contento.

Se quitó el capote y las polainas, lo envolvió todo en la piel de carnero, con la lana hácia dentro, ató el fardo con una cuerda y lo dejó en el fondo de la guarida, al abrigo de una lluvia eventual.

Hizo despues su cama, es decir, echó fuera los guijarros.

Hecha su cama, se deslizó á lo largo de la cuerda, y al llegar á la cubierta de la Duranda, corrió hacia la alacena, en que habia dejado la cesta de las provisiones.

No habia tal cesta. Como la habia dejado muy cerca del borde, el viento de la noche la habia echado al mar.

Asi anunciaba el viento su intencion de defenderse.

Habia necesitado el pícaro cierta voluntad y cierta malicia para ir allí á buscar la cesta.

Aquello era un principio de hostilidades. Gilliatt lo comprendió.

Cuando se vive familiarmente con el caprichoso mar, es muy difícil no considerar el viento y las rocas como personajes.

Con la galleta y la harina de centeno, no le quedaba ya á Gilliatt mas recurso que el de alimentarse con ma-



El primer paso que se da es un revelador inexorable. La dificultad que se toca hiere como una espina.

Gilliatt tuvo desde un principio que contar con el obstáculo.

Para librar del naufragio la máquina de la Duranda destruida en sus tres cuartas partes, para intentar con alguna probabilidad de éxito un salvamento tal, en tal lugar y en tal estacion, parecia indispensable que se juntasen muchos hombres, y Gilliatt estaba solo.

Parecia indispensable un surtido completo de instrumentos de carpintería y maquinaria, y Gilliatt no tenia mas que una sierra, una hacha, un escoplo y un martillo; parecian indispensables un buen taller y una buena baraca, y Gilliatt no tenia siquiera un techo bajo que guarecerse; parecian indispensables provisiones y víveres, y Gilliatt no tenia un pedazo de pan.

Cualquiera que, durante toda aquella primera semana, hubiese visto á Gilliatt trabajar en el escollo, no se hubiera sabido dar cuenta de lo que queria hacer.

Parecia que no pensaba ni en la Duranda ni en los dos Douvres. No se ocupaba mas que de lo que habia en las rompientes; parecia esclusivamente dedicado á salvar algunos miserables restos del naufragio. Se aprovechaba de las mareas bajas para despojar á los arrecifes de todo lo que el naufragio habia repartido entre ellos. Saltaba de una roca á otra para recoger en todas lo que el mar habia echado, pingajos de vela, cabos de rueda, trozos de hierro, astillas de tablonos, bordajes desfondados, vergas

rotas, en un punto un tirante, en otro una cadena, en otro una garrucha.

Al mismo tiempo estudiaba todas las fragosidades del escollo. Ninguna era habitable, con mucho sentimiento de Gilliatt, que por la noche tenia frio en los intersticios de piedras en que se albergaba á lo alto de la Douvre mayor, y hubiera deseado encontrar mejor buharda.

Dos fragosidades habia bastante espaciosa; aunque casi en todas partes el corte natural de la roca era desigual y oblicuo, en ellas podia un hombre estar en pie y andar.

La lluvia y el viento entraban en ellas á sus anchas, pero no las alcanzaban las mas altas mareas. Estaban próximas á la Douvre menor, y eran accesibles á cualquier hora.

Gilliatt resolvió hacer de una de ellas un almacen, y de la otra una fragua.

Con todos los puños del gratil, tomadores, embergués y badazas que pudo recoger, hizo varios fardos, formando haces con las astillas y paquetes con los pedazos de lona. Lo cosió todo cuidadosamente.

A medida que la marea subiendo levantaba los lios, él los arrastraba por encima de los arrecifes hasta su almacen.

En el hueco de una roca habia hallado una guindalita, con la cual podia izar hasta los mayores tablonos. Del mismo modo sacó del mar numerosos trozos de cadena esparcidos por las rocas.

Gilliatt era tenaz y causaba admiracion su trabajo.

Hacia cuanto queria. Nada resiste á una perseverancia de hormiga.

Al fin de la semana, Gilliat tenia en su sotechado de granito todo el informe revoltijo de la tempestad puesto en orden.

Tenia su rincon para las amuras y su rincon para las escotas; las bolinas no estaban mezcladas con las drizas; las vigotas estaban colocadas segun el numero de agujeros que tenian; las maromas, debidamente desatadas de los arganeos de las anclas rotas, estaban rolladas como madejas; las roldanas, que no tienen rodaja, estaban separadas de las garruchas; las cabillas, las cuadernas, las cargaderas, los galápagos, los racamentos, las bosas, los botavantes, como no estuviesen completamente desfigurados por la avería, ocupaban compartimentos diferentes; todo el maderaje, codastes, postes, pies de carnero, tamboretas, topes, portas, gaburones, gimelgas, bureles, estaba amontonado á un lado, y siempre que habia sido posible los fragmentos de bordaje se habian metido unos en otros; no habia ninguna confusion de grateles de rizos y viradores de combés, ni de motones de brandeles y motones de jarcia; otro rincon se habia reservado á los obenques y á las arraigadas de gabia.

Cada despojo tenia su sitio. Todo el naufragio estaba allí, clasificado y rotulado.

Era aquello como si dijéramos el caos en un almacen.

Un pedazo de gabia, sujeto con grandes piedras, cubria, aunque muy agujereado, lo que la lluvia podia estropear.

Aunque la proa de la Duranda estaba muy averiada, Gilliatt consiguió salvar las dos serviolas con sus tres ruedas de polea.

Halló el bauprés, cuyas trincas le costó mucho desarrollar, por hallarse muy adheridas, pues se habian hecho, como es costumbre, con el cabrestante y en un tiempo seco.

Gilliatt sin embargo las desarrolló comprendiendo que el grueso bramante de que se componian podria serle muy útil.

Habia tambien recogido el ancla pequeña que habia quedado hincada en el hueco de un bajío, que quedó descubierto al bajar la marea.

En lo que habia sido el escondrijo de Tangrouille halló un pedazo de tiza y se lo guardó cuidadosamente. Podia tener que hacer alguna marca.

Un cubo y varios toneles en bastante buen estado completaban el taller.

Todo el carbon de piedra que quedaba del cargamento de la Duranda fue trasladado al almacen.

En ocho dias se concluyó el salvamento de los restos del naufragio, se limpió el escollo, y se aligeró la Duranda. No quedaba en el buque perdido mas que la máquina.

El trozo del bordaje de proa que estaba roto y desprendido no fatigaba el esqueleto. Colgaba del casco sin darle tirones, porque se hallaba sostenido por una prominencia de piedra.

Era además ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacén. Tenía el aspecto de una almadraba. Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, Gilliatt buscó en vano la «muñeca,» que servía de mascarón á la Duranda. Era una de las piezas que el agua se había llevado para no devolverlas.

Gilliatt hubiera dado por ella sus dos brazos, si no hubiese tenido tanta necesidad de ellos.

Junto á la entrada del almacén, en la parte de afuera, se veían dos montones de desechos, uno de hierro, bueno para forjarlo nuevamente, y otro de madera, bueno para quemarlo.

Gilliatt al rayar el alba estaba ya trabajando. Esceptuando las pocas horas que concedía al sueño, no descansaba un solo instante.

Las gaviotas, volando en todas direcciones, le veían trabajar.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que hablan ciertos hombres:—propios para todo, buenos para nada. No dan lo que ofrecen. Hay un hueco de roca que es un baño, pero que deja escapar el agua por sus grietas; hay otro que es un aposento, pero sin techo; hay otro que es una cama, un lecho de musgo, pero mojado; hay otro que es una poyana, pero de piedra.

La historia que Gilliatt quería establecer estaba por descubrirse por la naturaleza, pero nada había tan difícil como ponerlo como domar aquel monstruo hasta hacerlo manso. Y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro anchas piedras LA FRAGUA. terminaba en una hendidura estrecha. Había hecho la caverna una especie de soplete informe, mucho más poderoso que aquellos antiguos grandes fuellos de fragua—que no tenían 14 pies de longitud, los cuales daban por lo común

Hecho el almacén, Gilliatt hizo la fragua. La segunda fragosidad que escogió ofrecía un reducto, especie de intestino, bastante profundo.

Había en un principio tenido la intención de habitarla, pero el cierzo, renovándose sin cesar, era tan continuo y obstinado en aquel pasillo, que le obligó á renunciar á su primera idea. Aquel soplo continuo le sugirió el pensamiento de una fragua.

Ya que aquella caverna no podía ser su dormitorio, quiso que fuese su taller. Hacerse servir por el obstáculo es un gran paso hácia el triunfo. El viento era el enemigo